

El Fascismo en América del Sur; la Mano de Kissinger y el Gesto de Concordia del Presidente Echeverría

El deterioro del proceso institucional argentino, que acaba de culminar con la implantación de una dictadura militar, cierra un anillo de hierro sobre el presente de millones de latinoamericanos del extremo austral: Brasil, Argentina, Chile, Uruguay, Bolivia y Paraguay viven la supresión de las formas republicanas de gobierno y sufren el imperio de sus castas militares.

Distintos han sido los procedimientos y las circunstancias en que los militares de esos países se apropiaron el ejercicio del poder, sustituyendo a las organizaciones políticas que requiere la democracia constitucional. Pero es común a todos el hecho de que, en cada uno de esos países, las fuerzas militares desalojaron a los mandatarios civiles argumentando la defensa de un "estilo de vida" que consideraban amenazado por el caos, el desorden, la impericia gubernativa, la corrupción o la subversión.

La situación actual de cada uno de esos países, su aguda crisis económica y social, revela hasta qué punto aquellos argumentos no fueron más que pretextos para que las fuerzas retrógradas de esas sociedades impusieran el predominio de intereses minoritarios en perjuicio de las mayorías de obreros, campesinos, productores, intelectuales y clases medias.

Las fuerzas armadas de los países del Cono Sur han demostrado, en su deslealtad al ordenamiento institucional democrático, que no es el interés nacional el que las ha impulsado. No puede racionalmente considerarse como salvaguarda de ese interés la clausura de toda actividad política, social, sindical, la censura de prensa, la pena de muerte por causas políticas, el cierre del Parlamento. De este modo sólo se ciegan todos los canales a través de los que se expresan los variados y a veces contradictorios intereses de todos los sectores que integran una comunidad nacional.

En la Argentina, si bien el gobierno después había defraudado las expectativas que motivaron el formidable apoyo del 62 por ciento de los sufragios en 1973, el remedio sólo podía provenir del ejercicio del mecanismo democrático de relevo, con la convocatoria a elecciones generales que renovarían la relación existente entre las distintas corrientes políticas.

derecha intrigada por el imperio, más contundente y letal que la urgencia que suelen esgrimir algunos círculos de la izquierda; o una seudoizquierda.

Por lo mismo, tampoco debemos los mexicanos cerrar los ojos al peligro de aquella propuesta ominosa que surge de las dictaduras militares del sur. No basta con que nos refugieemos en el pensamiento tranquilizador de que nuestros institutos armados tienen una cuna y una vocación política radicalmente distintas a las de quienes han promovido la extensión de la ola negra del fascismo en América del Sur. Es cierto que el nuestro es un ejército surgido en el fragor de las luchas sociales de nuestra Revolución; que su origen de clase está ligado a las masas populares y que sus jefes actuales hacen honor a la tradición de acatamiento de nuestro proceso político.

Pero otras asechanzas que jalonearon en aquellos países el camino hacia la dictadura militar no están ausentes entre nosotros. Y es por tanto necesario que las fuerzas democráticas, progresistas, de inspiración emancipadora, que conforman las mayorías populares en nuestro país adviertan la necesidad de una defensa resuelta, activa e incansable de nuestro proceso institucional, en la paz y por la vía democrática. En ese marco caben las formulaciones de profundas transformaciones y avances sociales; en esos amplios márgenes pueden caber las críticas, por más profundas que ellas fueren, pero siempre que conservemos el eje democrático esencial de nuestro proceso, como fruto maduro de nuestras luchas dolorosas del pasado, y como la posibilidad de ejecutar grandes y ya apremiantes transformaciones.

La responsabilidad en el ejercicio de la disidencia, el rechazo de ciertas formas utópicas y ofuscadas de crítica de apariencia radical, que no indagan ni consultan los grados y formas de desarrollo de la conciencia social de las masas, aunque se esgriman muchas veces en nombre de éstas, deben consolidarse en el pensamiento, y sobre todo en la acción, de quienes no quieran para su patria la humillación y el dolor que hoy se abate sobre tantos millones de compatriotas latinoamericanos y sobre sus naciones.

El gobierno de la señora Perón, sin duda con justa causa, era sometido a fuertes críticas por la mayor parte del espectro social argentino; pero nadie había votado en los comicios de 1973 por los tres jefes militares que hoy rigen los destinos de aquel país.

Cabría hoy preguntarles a las fuerzas políticas y sociales argentinas si el encono de sus enfrentamientos, la imposibilidad de garantizar el funcionamiento pleno del Estado de Derecho, no abrieron paso al imperio de la fuerza castrense. Pero aunque fueron halladas culpables todas las fuerzas políticas argentinas —y sin duda no es así— ello no legitimaría que uno de los componentes de la comunidad se atribuyera la misión de "salvación nacional" que hoy proclaman marcialmente sus fuerzas armadas, que son parte de la nación, pero nunca la nación misma.

La relación de clase y de ideología de las fuerzas armadas argentinas con determinados sectores empresariales, y la dependencia de éstos con grandes compañías monopólicas transnacionales es otro dato que identifica el proceso que hoy vive la Argentina con el de sus vecinos geográficos. Y señala —como si la historia íntima de la conspiración militar para derrocar al presidente socialista, doctor Salvador Allende, no lo hubiera hecho ya con elocuente crudeza—, la inequívoca relación existente entre esos intereses de clase y esa ideología reaccionaria, con los deseos y las intenciones confesadas del complejo militar-industrial, que desde el Pentágono dirige la expansión del Gran Imperio.

El respaldo franco y declarado de Henry Kissinger a la dictadura militar brasileña, propuesta como un modelo continental, no hizo sino alentar el fin del proceso institucional argentino, cuya conclusión fue, bochornosamente, comunicada antes al Pentágono que al propio Departamento de Estado norteamericano.

El Cono Sur está ahora hegemonizado por la versión actual —adaptada a las condiciones de dependencia económica— del fascismo proimperialista.

No es posible cerrar los ojos a esa evidencia, y no deberían hacerlo, sobre todo, los dirigentes y pueblos de aquellas naciones que, como Perú, Venezuela y Colombia, recorren hoy otros caminos; en el primer caso, de una política nacional de signo renovador y en los otros bajo el signo de la democracia representativa. Porque el fascismo y la anulación de la democracia son la garantía que reclaman quienes traban nuestro desarrollo, lo frenan y succionan literalmente nuestras riquezas, usufructuando el trabajo y el patrimonio de nuestros pueblos.

En este sentido adquiere señalada validez el señalamiento hecho por el candidato presidencial del PRI, José López Portillo, cuando invitó a reflexionar, a costa de la lección argentina, sobre la responsabilidad que comparte el ejercicio del derecho —que debe ser inviolable— a la disidencia. Y cómo la apelación a la violencia para dirimir nuestras querellas intestinas, por legítimas que fueren esas querellas, puede desembocar en la violencia criminal de la

Esto resulta imprescindible de considerarlo a fondo en los momentos en que, como eco de aquel reconocimiento del modelo brasileño, se ha escuchado la voz del embajador Jova, que se permite opinar, con tanta ignorancia como impertinencia, de nuestro sistema político. No fue el suyo un acto de mera descortesía, pues no habría que esperar mucha caballerosidad en su trato debido a los intereses que representa y los métodos de subpolítica que él practica, sino un abierto acto de aliento a las fuerzas hostiles a nuestro peculiar sistema institucional. Aquella frase de la "monarquía" no es ingenua ni puede condonarse con reconocerle los derechos de autor al intelectual mexicano del que Jova dice haberla espigado. Es claramente el intento de ridiculizar y debilitar a un sistema político que, con todos sus rasgos positivos o negativos, es fruto de nuestra evolución política y debe ser conducido por el pueblo mexicano en ejercicio de su soberanía, sin intromisiones así sean pobremente chocarreras de los agentes del Imperio.

Contrasta ese acto provocativo, y las sombras que hoy se abaten sobre la nación argentina, con la actitud asumida por el presidente Echeverría de restañar heridas con la Iniciativa de Amnistía para los inculpados por los sucesos de 1968. Ese gesto del titular del Ejecutivo propone, con el lenguaje persuasivo de los hechos, un camino de concordia y de cohesión nacional, incluidas las voces disidentes, precisamente cuando, en otras latitudes, la intolerancia, la privación de todas las libertades civiles, se entronizan, aprovechando las inconsecuencias e ineptitudes de regímenes que negaron su propio origen popular y democrático. Las debilidades de una política precaria suelen abrir paso a la tiranía de las fuerzas armadas.

En este contexto latinoamericano, la amnistía proyectada tiene no sólo un valor político, sino una categoría de símbolo de cuál debe ser el camino de nuestros acuerdos y nuestras divergencias. No se trata del perdón jerárquico y denigrante, sino del punto y aparte respecto de hechos embrolladamente conflictivos, cuando la nación está madura para afrontar la superación de las causas que dieron origen a aquellos sucesos.

Se trata, en suma, de una apelación que deja como mensaje Luis Echeverría, cuyo sexenio ha visto el encumbramiento del fascismo en una parte sustancial del continente, mientras en México se levantan otra vez y se vigorizan, con enormes dificultades, pero con gran seguridad y firmeza, las fuerzas populares e institucionales que son capaces de conducir a la nación a una nueva etapa de desarrollo equilibrado, justo y pacífico.

Aquellos pueblos derrotarán al fascismo, a costa, sin duda, de muchos sacrificios. Tengamos la sensatez de evitarle tamaño sacrificio a nuestro pueblo; y ésta será también una manera cierta de solidarizar a México, una vez más, con los pueblos fraternos de América del Sur.